

LEONARD MLODINOW



STEPHEN
HAWKING

*Memorias de una
amistad y apuntes
de física*

Traducción del inglés de
Matilde Schoenfeld Liberman

CRÍTICA

Título Original: *Stephen Hawking: A Memoir of Friendship and Physics*

© 2020, Leonard Mlodinow

Publicado en inglés en Estados Unidos por Pantheon Books, una división de Penguin Random House LLC, New York, y distribuido en Canadá por Penguin Random House Canada Limited, Toronto.

Traducción: Matilde Schoenfeld Liberman

Derechos reservados

© 2021, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Adaptación del diseño original de Kelly Blair: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: © iStock

Fotografía de interiores: © Alexei Mlodinow, 2005

Fotografía de autor en la solapa: © Sanford Perliss

Diseño de interiores: Liz Batta

Primera edición en formato epub: mayo de 2021

ISBN: 978-607-569-067-4

Primera edición impresa en México: mayo de 2021

ISBN: 978-607-569-066-7

Si bien esta es una obra de no ficción, los nombres de ciertas personas, así como los detalles descriptivos que podrían identificarlas, han sido alterados para proteger su privacidad.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeM-Pro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

No soy de las personas que se quedan boquiabiertas con facilidad, pero en 2006, cuando llegué por primera vez a Cambridge, me quedé así. Era el verano del cumpleaños 64 de Stephen y aunque muchos de los detalles de su vida no concordaban con los que mostraría la película de Hollywood sobre él, los detalles de Cambridge sí parecían corresponder con gran precisión a lo que yo había visto en otra película, una de Harry Potter. Cambridge era Hogwarts. Los barrios periféricos de la ciudad posiblemente tienen menos encanto e historia, pero rara vez me aventuré fuera del «viejo Cambridge» que Newton conoció, un amasijo de calles empedradas y edificios que habían crecido aparentemente al azar, donde se localiza gran parte de la universidad, en medio de iglesias y cementerios medievales. Es un lugar de paredes altas construidas siglos atrás para proteger a los estudiantes de la gente del pueblo, vías peatonales angostas y calles de ladrillo casi igual de angostas dispuestas al azar. Eran como hebras de *linguine* flácidos.

La disposición no planificada e irregular de la ciudad se comprende cuando uno se da cuenta de que la universidad fue fundada hace ochocientos años, siglos antes de que René Descartes inventara sus organizadas coordenadas rectangulares. Aun así, *viejo* es un término relativo: en realidad, la gente ha vivido en el área de Cambridge desde tiempos prehistóricos. Hoy la universidad se compone de 31 colegios semiautónomos, y más de 100 000 personas viven en la ciudad.

Si bien Cambridge se parecía a Hogwarts, había una diferencia esencial: la magia que se hace aquí es real. Allá estaba el patio en el

que Newton dio pisotones para medir el tiempo de los ecos y la velocidad del sonido; el laboratorio construido por James Clerk Maxwell, quien descifró los secretos de la electricidad y el magnetismo, y donde J.J. Thomson descubrió el electrón; el bar donde Watson y Crick solían beber cerveza y hablar de genética; el edificio en el que Ernest Rutherford —el hombre que desentrañó el misterio de la estructura atómica— conducía sus cuidadosos experimentos.

En Cambridge están legítimamente orgullosos de su tradición científica, y llaman a Oxford, que está más orientada hacia las humanidades, «esa otra escuela». El director del departamento de Stephen me dijo que él, como Stephen, había sido estudiante de licenciatura en Oxford, y que sus profesores les exigían escribir ensayos sobre temas científicos en lugar de solo asignarles como tarea resolver los problemas habituales. Comentó que había intentado que sus alumnos en Cambridge entregaran ensayos, pero que ninguno lo hizo; eran científicos obstinados, y si estaban destinados a ganar un Premio Nobel, no sería el de literatura.

En mis visitas, Stephen me hospedaba en el colegio con el que estaba afiliado, Gonville & Caius,* en un complejo en el viejo Cambridge que se remontaba al siglo XIV. El primer día de mi primera visita decidí caminar de ahí a la oficina de Stephen. Me tomó solo veinte minutos, pero hacía un sol inclemente y no estaba acostumbrado a la humedad. Stephen siempre había apreciado los inviernos en Caltech, en el sur de California. Sufría menos infecciones de pulmón allá, y odiaba los helados inviernos de Cambridge. Ahora que yo estaba ahí, me di cuenta de que los veranos tampoco eran tan maravillosos. Los británicos se quejan mucho del clima. Y con razón.

Cuando llegué al Centro para las Ciencias Matemáticas, el complejo de edificios en el que Stephen tenía su oficina, yo estaba listo

* *Caius* se pronuncia *kis*.

para entrar y escapar del clima exterior. Pero fue difícil encontrar el edificio de Stephen. El Centro está constituido por siete pabellones dispuestos en una parábola. Construidos con ladrillo, metal y piedra, tenían ventanas grandes y una apariencia futurista de templo japonés. Me gustaron las ventanas, y había muchas. El complejo había ganado algunos premios por su diseño, pero el elemento de diseño que más me habría gustado encontrar eran signos con flechas que dijieran «Por aquí encuentra a Stephen Hawking».

El pabellón de Stephen estaba adyacente a un edificio más antiguo, el Instituto Isaac Newton. El nombre de Newton surgía con mucha frecuencia cuando uno conocía a Stephen. La gente incluso lo comparaba con Newton, algo irónico porque a Stephen no le gustaba ya que este solía enfrascarse en riñas insignificantes y era confabulador y vengativo cuando estaba en una posición de poder. Se rehusaba a compartir el crédito por cualquiera de sus descubrimientos e incluso a reconocer que lo habían influenciado las ideas de otros. Tampoco tenía sentido del humor. Un pariente suyo que había sido su asistente durante cinco años dijo que solo lo había visto reír una vez, cuando le preguntaron por qué alguien querría estudiar a Euclides. Yo había leído varias biografías y aunque tenían distintos títulos, cualquiera podría haberse titulado *Isaac Newton: Qué tipo tan imbécil*.

Tal vez sea más probable que la valoración de Stephen acerca de las inclinaciones de Newton tuviera que ver con que Stephen se había aburrido con la física newtoniana que le enseñaron en el bachillerato. Lo que entusiasma a un científico es el descubrimiento, la revelación de un tipo de comportamiento que nadie ha visto, o lograr comprender algo que nadie ha podido. Pero puesto que las leyes de Newton describen el mundo cotidiano, y porque tienen cientos de años, no había sorpresas en la física de bachillerato, donde los maestros las utilizan para describir un péndulo oscilante o predecir qué ocurre cuando chocan unas bolas de billar. Para Stephen, la lección

parecía ser *La gente divertida juega billar; los físicos escriben ecuaciones para eso*. Así, en aquellos días iniciales en la educación de Stephen, no tenía paciencia para la física. Le gustaba más la química. Por lo menos en química las cosas explotan de vez en cuando.

El pabellón de Stephen en el Centro para las Ciencias Matemáticas albergaba el Departamento de Matemáticas Aplicadas y Física Teórica o DAMTP [por sus siglas en inglés: Department of Applied Mathematics and Theoretical Physics], como la gente se refería a él de forma afectuosa, pronunciando el acrónimo como si la *P* fuera muda. El DAMTP era famoso a nivel mundial por ser el departamento universitario de Stephen Hawking.

El edificio de Stephen solo tenía tres pisos y el cubo de la escalera rodeaba el hueco del ascensor. Subí algunos escalones hasta el segundo piso. El edificio era accesible para sillas de ruedas. Stephen muchas veces se enfurecía cuando los edificios no lo eran. Esta fue otra razón por la que Caltech se había ganado su cariño: cuando aceptó una invitación para pasar un año allí en 1974, a manera de bienvenida la universidad hizo que todo el campus fuera accesible para discapacitados. Tal disposición no fue obligatoria en los Estados Unidos sino hasta 1990, cuando se promulgó la Ley para Personas con Discapacidades.

Llegué a la parte más alta de las escaleras y giré a la izquierda, lo que me dejó frente a la puerta de la oficina de Stephen, que estaba cerrada. No sabía lo que eso significaba, pero pronto lo averiguaría. Me sentí algo nervioso por eso, y por estar ahí, mi primera vez en su terruño.

Cuando me acerqué a la puerta de Stephen, su guardia de palacio me interceptó. Su nombre era Judith. Su oficina estaba contigua a la de Stephen, ubicada en una esquina. Se paró entre la puerta de Stephen y yo. Judith era formidable. Tenía cincuenta y pico años, una constitución robusta y una personalidad correspondiente. De joven,

había trabajado durante cuatro años en Fiji como pionera en la terapia artística como alternativa a los electrochoques para criminales dementes. Uno de sus pacientes le había cortado la cabeza a su padre. A las pocas semanas, ya lo tenía pintando palmeras con crayolas. Si había podido lidiar con él, podría lidiar conmigo.

—¿Es usted Leonard? —preguntó. Tenía una voz poderosa. Asentí—. Me da mucho gusto conocerlo en persona. Solo serán unos minutos. Stephen está en el sofá.

Stephen está en el sofá. ¿Qué significaba eso? Yo uso el sofá para tomar siestas y ver películas. No creí que fuera el caso, pero pensé que sería de mala educación preguntar, así que asentí como si fuera normal que a uno lo hicieran esperar mientras un famoso científico pasaba su tiempo en el sofá.

Aunque nunca nos habíamos visto, Judith y yo habíamos intercambiado muchos correos electrónicos y hablado por teléfono. Yo sabía que ella era una fuerza importante en el universo de Stephen. Cuando uno solicitaba tiempo con Stephen, era ella quien decidía si él estaba libre o no. Cuando uno llamaba, era ella quien contestaba y lo comunicaba (o no). Cuando uno le escribía, era ella quien decidía si le reenviaba la carta y, si era importante, se la leía. La única vez que oí que alguien le ganó fue cuando Stephen, que estaba en Sudáfrica, fue a ver a Nelson Mandela, a quien admiraba muchísimo. Mandela tenía cerca de 90 años y no era ningún experto en tecnología, pero por alguna razón se impresionó por la manera en que la computadora de Stephen hablaba por él. Mandela tampoco estaba bien. Su salud era frágil. «Ya no era lo que antes», es como Stephen lo describió, lo que era irónico porque Stephen también estaba pasando un mal día, y casi no logra llegar a la cita. Pero Judith, que era parte de la comitiva que lo acompañaba en ese viaje y estaba muy entusiasmada por ver a Mandela, se aseguró de que Stephen fuera, y los alcanzó a él y a su cuidador para irse con ellos. Pero Mandela tenía a su propia

Judith, una mujer llamada Zelda, y cuando condujeron a Stephen y a su cuidador a una habitación para reunirse con Mandela, Zelda dio un paso al frente para detener a Judith. Había decidido que era un grupo demasiado grande para el anciano, así que no dejó pasar a Judith. Zelda había «juditeado» a Judith.

Mi madre solía decir: «Donde hay voluntad, hay un camino». Usaba muchos dichos, pero este tenía sentido. De hecho, todos los sistemas de seguridad tienen su lado vulnerable, y el de Stephen no era distinto. Había una puerta trasera. Era posible eludir a Judith y contactar de manera directa con Stephen si se conocía la dirección de correo electrónico que él le daba a sus amigos y que revisaba él mismo. El problema era que, las más de las veces, no contestaba. Incluso Kip, que había sido un gran amigo de Stephen durante décadas, me dijo que respondía sus correos solo casi la mitad de las veces. No recibir respuesta no significaba que Stephen no lo hubiera leído —aunque uno nunca sabía qué era lo que significaba—. Si lo leía, el obtener una respuesta dependía no de cuán importante era el asunto para uno, sino cuánto lo era para él. A una velocidad de comunicación de seis palabras por minuto, tenía que ser muy selectivo para repartir respuestas.

Judith podía ayudar con eso también, si estaba de tu lado. Si le reenviabas un correo o estaba copiada, lo imprimía, entraba a la oficina de Stephen y se lo leía. Y si se rehusaba a responder, ella lo presionaba. Si yo necesitaba hablar con él, la llamaba para que contestara desde el escritorio de Stephen con el altavoz. Por otro lado, si ella había decidido que él tenía mejores cosas que hacer que comunicarse con uno, extrañamente nunca estaba disponible cuando uno intentaba contactarlo. Después de conversar durante unos minutos, el teléfono de Judith sonó y ella me pidió que permaneciera sentado en su oficina mientras ella entraba a la de Stephen. Apareció en un minuto y vino por mí. La puerta de él estaba ahora abierta.



Judith me guio hacia dentro. Ahí estaba Stephen, sentado en su famosa silla de ruedas, tras su famoso escritorio, con la mirada baja, hacia la pantalla de su computadora. Su cara tenía una apariencia joven para alguien de 64 años. Llevaba una camisa azul con uno o dos botones superiores desabrochados, con su estoma (el agujero en la base de su cuello a través del cual respiraba) expuesto. Se veía como un círculo rojo oscuro de sangre del tamaño de una moneda de 50 centavos. Estaba muy delgado, por lo que su camisa y su pantalón de vestir gris le quedaban holgados. Los únicos músculos que Stephen podía mover con regularidad eran los de su cara. Los demás músculos se habían deteriorado, por lo que había una flacidez en su cuerpo que afectaba su postura. Su cabeza descansaba de un modo antinatural entre sus hombros, como si se estuviera hundiendo en ellos, y estaba ligeramente inclinada. En la televisión esto era parte de su *look*, pero visto en persona era desconcertante, y a pesar de que ya había trabajado con él en Caltech, todavía no me acostumbraba. Aun así, se trataba de un ícono, y me sentí algo intimidado: ¿quién era yo para merecer todo el tiempo que íbamos a pasar juntos, para merecer que él liberara por completo su agenda durante una semana o a veces más para acomodar mis visitas?

—Hola, Stephen —dije, aunque él no había levantado la mirada—. Me da gusto verte. Y es genial estar aquí. ¡Me encanta Cambridge!

Todavía no volteaba. Esperé un minuto. Se estaba convirtiendo en una situación incómoda. Entonces, para llenar el silencio, dije:

—Estoy entusiasmado por comenzar el libro.

Tan pronto como pronuncié las palabras, me arrepentí de haberlas dicho. Un lugar común bastante tonto, pensé, y no sirvieron para llenar el silencio. Además, lo que dije técnicamente no era verdad. Ya habíamos trabajado algo, durante las últimas dos visitas de Stephen

a Caltech. Pero todo lo que habíamos hecho entonces era discutir de qué trataría el libro. En realidad, no habíamos escrito nada.

Traté de pensar en algo más que decir. Algo más inteligente. No se me ocurrió nada. Finalmente, noté que Stephen movía su mejilla. Así era como escribía a máquina. Sus anteojos tenían un sensor que detectaba los tics y los traducía a clics del ratón, lo que le permitía seleccionar letras, palabras o frases de listas conforme el cursor se movía sobre su pantalla. Era como jugar un juego de computadora. Puesto que estaba escribiendo a máquina, deduje que iba a responder a mi torpe balbuceo. Iba a decir algo que me sacara del apuro. Después de un momento, su voz computarizada finalmente habló. Pero todo lo que dijo fue «plátano».

Esto me despistó completamente. ¿Había yo volado más de 9 000 km y llegado un par de días antes solo para estar fresco para encontrarme con él, y la única reacción que obtuve fue «plátano»? ¿Qué significa cuando saludas a alguien y te responde con el nombre de una fruta? Traté de entenderlo. Pero entonces Sandi, su cuidadora, se levantó de un salto del sofá donde había estado sentada leyendo una novela rosa.

—¿Plátano y kiwi? —preguntó.

Stephen levantó sus cejas, lo que significaba «sí».

—¿Y té?

Una vez más hizo la señal afirmativa.

Mientras Sandi caminaba hacia la minúscula cocina que había detrás de él, Stephen finalmente levantó la mirada hacia mí. Nos miramos a los ojos. Extrañamente, ahora no necesitó utilizar palabras. Su expresión era cálida y alegre, y me desarmó. Ahora me sentía culpable por haber sido impaciente con él. Empezó a teclear. Después de más o menos un minuto, las palabras que yo había estado esperando por fin llegaron. «Bienvenido a DAMTP», dijo su voz.

Pude adivinar que no habría demasiada conversación superficial y, por mí, eso estaba bien. En verdad estaba entusiasmado por

empezar a trabajar. Pero justo en ese momento entró un hombre de mediana edad. Era profesor de Cambridge, un cosmólogo relativamente conocido. Lo reconocí, pero no podía acordarme de su nombre. Tampoco me lo dijo, y por supuesto, Stephen no gastó energía en presentarnos. «Quiero hablar contigo sobre Daniel», le dijo a Stephen, sin hacer caso de mi presencia. «¿Tienes un minuto?».

En los años siguientes esto siempre me parecería irritante. La gente entraba a todas horas y nos interrumpía a la mitad de nuestro trabajo. «Solo un minuto, es rápido», siempre decían. Pero pronto aprendí que «rápido» era un eufemismo de «no rápido». Una vez que entraban, los colegas de Stephen por lo general le hablaban largo y tendido. Aunque las interrupciones me molestaban, a Stephen no parecían preocuparle para nada.

Stephen levantaba sus cejas, lo que significaba *sí*, y eso implicaba que yo tendría que esperar. La conversación estuvo moderadamente interesante durante un tiempo. Parecía que a un alumno llamado Daniel se le había terminado la beca y no había concluido su doctorado. Sin embargo, había estado trabajando de manera diligente y había tenido un buen comienzo. ¿Podría el departamento solicitar más dinero para apoyarlo hasta que concluyera? Stephen, como director del grupo de relatividad general, estaba a cargo de asignar ciertas cantidades del fondo de becas para alumnos y jóvenes de posdoctorales con fines de apoyo, viajes y otras necesidades.

Después de algunos minutos, mi mente comenzó a divagar. Volteé a ver la oficina. Era más o menos un rectángulo, y en uno de los lados largos estaba la puerta. El lado opuesto estaba revestido con ventanas que proporcionaban una gran cantidad de luz y una agradable vista del complejo futurista.

El escritorio de Stephen estaba justo a la izquierda de la entrada, colocado de manera perpendicular a las ventanas, y el sillón, a la derecha, con el respaldo arrimado a ellas. Detrás de Stephen

estaba la minicocina —una cubierta con fregadero y una tetera eléctrica— y encima, una pared con repisas para libros. A la derecha y a la izquierda de la puerta había pizarrones llenos de ecuaciones garabateadas por sus alumnos y colaboradores. Había también una fotografía editada con Photoshop de Stephen con Marilyn Monroe, por la cual había tenido una extraña obsesión en su juventud.

La oficina era grande, considerando que se trataba de una oficina universitaria, solo más chica que la del director del departamento. Yo había estado en oficinas ejecutivas en el mundo de los negocios y en Hollywood, y uno podía darse cuenta, incluso antes de entrar, de que esta gente era influyente. Pero la física no es un deporte de dinero, y la oficina de Stephen era modesta. Si Stephen hubiera sido un ejecutivo de fama equivalente en el mundo corporativo, esta oficina habría cabido en su baño privado.

Finalmente estaban terminando. En resumidas cuentas, dijo el profesor: ¿Aprobaría Stephen 6 000 libras para el alumno? Stephen tecleó su decisión: «3 000». El profesor le agradeció y se fue. Resultó que asuntos como este no eran poco comunes, y Stephen siempre decía que sí a las peticiones porque tenía una enorme empatía por sus alumnos. Pero siempre reducía la cantidad a la mitad, porque no quería parecer blando. No funcionaba. «Es un pan de Dios», me diría Judith. «Y todos saben que reduce la cantidad a la mitad, así que piden el doble. Un juego extraño, realmente, jugado por gente extraña. Sin ánimo de ofender».

Para cuando el profesor terminó de hacer su petición, hacía rato que Sandi había pelado, hecho puré y mezclado un plátano y un kiwi y preparado una tetera. Me fui a sentar al sofá durante los siguientes diez minutos, mientras ella lo alimentaba con una cuchara. El utensilio era grande, el tamaño perfecto para introducir comida en la boca de Stephen. Una de sus cuidadoras la había descubierto un día en un

restaurante local y la metió a su bolsa y se la robó. Ahora la utilizaban para todas las comidas.

El sofá, el famoso sofá, era de piel color naranja brillante y bastante cómodo. Después descubrí que era adonde llevaban cargando a Stephen —el cuidador en turno y Sam Blackburn, su asistente de computación y electrónica— para que hiciera sus necesidades, con la ayuda del cuidador. Eso explicaba el significado de *en el sofá*. También me hacía sentir un tanto extraño cuando me sentaba ahí.

Para Stephen, estar en el sofá tomaba cierto tiempo. Después podía parecer cansado, y muchas veces continuaba con un té, un plátano machacado, o ambos, así como había hecho justo ahora. Cuando estaba en el sofá, me enteraría después, era básicamente el único momento en el que la puerta de Stephen estaba cerrada.

Me pregunté cómo se sentía Stephen por estar siempre en la presencia de un cuidador en una situación tan íntima como esa. Me pregunté cómo sería *necesitar* a otras personas en esa situación. Abrirse para recibir su ayuda, como él había hecho. Volteé a verlo y casi había terminado. Fragmentos de plátano y una corriente de té escurrían de su boca hacia su barbilla. Sandi los limpiaba con una servilleta. Aceptar esa clase de asistencia era un puente que había cruzado muchos años antes, y no mostraba ningún indicio de que sintiera lástima de sí mismo. En lugar de ello, parecía sentirse afortunado de tener a la gente que necesitaba para ayudarlo.

Nosotros los físicos, estudiamos cómo cambian los sistemas con el tiempo, pero en nuestras vidas no podemos presumir de tener una visión de lo que se avecina. Otra cosa que decía mi madre: «Nunca sabes lo que depara el futuro». Ella era una sobreviviente del Holocausto, y para ella esto significaba que invariablemente un desastre podía estar siempre a la vuelta de la esquina. El mensaje que Stephen había extraído de su propia historia era lo opuesto. Decía que, sin importar lo mala que fuera la mano que le hubiera tocado a uno en el

juego, siempre se podía hacer algo con ella. Su enfermedad lo había atacado a una edad temprana, y aunque esa herida crecía lentamente, su vida no había disminuido. Al contrario: se enriquecía a un ritmo constante. En los días en que yo llegaba a trabajar sintiéndome desanimado por algo, ver a Stephen siempre me inspiraba y ponía en perspectiva esos problemas relativamente menores.



Durante las visitas de Stephen a Caltech habíamos formulado un «plan» detallado que esbozaba lo que cada capítulo incluiría. Habíamos creado un gran diseño para *El gran diseño. Historia del tiempo* había perfilado lo que sabíamos sobre el origen y la evolución del universo a principios de la década de 1980 y abordaba la pregunta *¿cómo comenzó el universo?* *El gran diseño* sería una continuación natural que actualizaría la respuesta, pero también abordaría los temas de por qué existe un universo en sí —¿necesitaba un creador?— y por qué las leyes de la naturaleza son lo que son.

En nuestro plan para el libro, Stephen y yo estructuramos una narrativa que arrojaba luz sobre esos temas. Dividimos el trabajo reciente de Stephen —y todos los antecedentes necesarios para apreciar su significado— en una serie de subtemas. Después decidimos cómo repartirnos la escritura. Capítulo por capítulo, habíamos acordado qué secciones abordaría cada uno. Nuestra estrategia era elaborar borradores de nuestros temas asignados e intercambiarlos por correo electrónico y después encontrarnos, ya fuera en Cambridge o en Caltech, para repasar el trabajo del otro. Luego, cada quien haría revisiones y repetiríamos el ciclo.

En algunos de los pasajes que me había mandado Stephen yo no lograba entender qué quería decir y tenía que a leer de nuevo

sus artículos de física originales para deducirlo. A diferencia de la complacencia que Stephen había mostrado cuando trabajamos en *Brevísima historia*, en este proyecto estaba dispuesto a debatir cada punto, sin importar lo pequeño que fuera. Se trataba de un proceso lento, como cuando las hormigas cargan fragmentos de hojas a través del camino para construir una granja de hongos. Al final, el texto daba tantas vueltas que era difícil atribuir un pasaje dado a alguno de los dos.

Esta era la primera de las visitas discutidoras. Trabajamos durante varias horas, analizando lo que cada uno había escrito. Hablar con Stephen en Inglaterra hacía que el acento estadounidense de su voz por computadora se oyera extraño. Había nacido en Inglaterra, pero su pronunciación era de Kansas.

El calor exterior penetraba en la oficina. Yo me había cansado de limpiarme el sudor de la frente, pero para Stephen debía de haber sido peor. Vi cómo se formaba una gota justo bajo su húmedo y apelmazado cabello, se soltaba y rodaba lentamente por su cara, deteniéndose de vez en cuando, como queriendo fastidiar. Imaginé el cosquilleo que la gota producía a lo largo de su trayectoria. Para mí, un rápido toquecito con un pañuelo desechable hace desaparecer la gota y la comezón. Pero cuando uno no se puede mover, está condenado a permanecer ahí sentado y aguantar el apenas perceptible pero incansable cosquilleo mientras la gota sigue su camino newtoniano, una partícula elemental de la tortura china con agua. Sandi no parecía notarlo. De vez en cuando volteaba a verlo, pero luego seguía leyendo.

Yo quería preguntarle a Stephen por qué no tenía aire acondicionado, pero no valía la pena el tiempo que le tomaría responder, así que le pregunté a Sandi. Me respondió a toda velocidad, y solo pude descifrar la mitad debido a su fuerte acento *cockney*. El meollo era que el edificio tenía alguna especie de sistema de control ambiental, pero

este no era muy bueno. Hacía cosas que uno no quería, como cerrar las persianas motorizadas a las 5:00 p. m. todos los días, las quisiera uno cerradas o no, pero no hacía lo que uno sí quería, como enfriar el aire. Algunos años más tarde Sam logró, en secreto, amañar el sistema, lo que les permitió a ellos controlar las persianas. Sam siempre estaba inventando soluciones alternativas. Y, lo más importante para mí, es que él siempre tenía la exclusiva de la agenda de Stephen. Pero en cuanto al calor del verano, Sam no tenía la solución.

Stephen había pedido que le instalaran un aire acondicionado independiente o que le permitieran instalar el suyo, pero la administración no lo aceptaba. Nadie más, dijeron, tenía un aire acondicionado, así que ¿por qué tendrían que hacer una excepción? Sí, ¿por qué? ¿Tal vez porque Stephen le había dado a la universidad más fama y atención que el resto de la facultad de física en su conjunto? ¿Tal vez porque solo a través de los fondos que *él* ayudó a recaudar la universidad pudo construir el Centro para las Ciencias Matemáticas? O tal vez porque estaba PARALIZADO. Pero los burócratas no lo veían así. Sus compañeros, los miembros de la facultad, podían adorarlo, pero la camarilla que dirigía el lugar nunca había sido bondadosa con él. Para los miembros de la facultad, los administradores muchas veces parecen preocuparse únicamente de los asuntos legales, los presupuestos y la recaudación de fondos; para los administradores, los miembros de la facultad parecen preocuparse solo por su investigación, y en algunos casos, sus alumnos. Esto, por lo general, provoca tensión entre ambos grupos. Yo esperaba que harían una excepción en el caso de Stephen, pero no fue el caso.

Stephen podría haber optado por la misma ruta que tomaron con las persianas y resolver el problema él mismo, pero, a diferencia del interruptor de las persianas, un aire acondicionado habría sido imposible de ocultar. Por otro lado, así como funcionaban las cosas en Cambridge, a menudo les decían a las personas que no podían te-

ner algo, o hacer algo, y si de todos modos lo conseguían, la administración no se oponía. Aun así, Stephen no insistió. En cierta forma, creo que él estaba de acuerdo con la administración: si los demás no tenían, él tampoco debería tenerlo.

Sandi dijo que tenía que ir al baño. Los cuidadores de Stephen tenían la instrucción de jamás dejarlo solo, y Sandi normalmente habría informado a Judith, quien vigilaría a Stephen mientras tanto. Pero puesto que yo estaba ahí, Sandi me asignó el trabajo. «Solo traiga a Judith si hay un problema», dijo. «No tardaré más de un minuto».

Cuando volví a hablar con Stephen, no podía evitar enfocarme en el sudor. Me descubrí observando cómo se reunían las gotas en su barbilla hasta que, por su propio peso, se soltaban y caían. Al diablo, pensé. «¿Quieres que te limpie la frente?», le pregunté. Stephen levantó las cejas para indicar que sí. Era uno de los pocos movimientos musculares de los que era capaz, utilizaba la elevación de cejas para muchos propósitos: para responder *sí* a una pregunta, para indicar que quería lo que uno le ofrecía, para decir gracias. Por otro lado, cuando quería decir no o expresar desagrado, hacía una mueca horrible.

Tomé un Kleenex, me estiré y delicadamente lo limpié con unos toques suaves. Levantó las cejas en agradecimiento. Puesto que le había gustado, decidí darle a su cara un toque adicional. Mientras mi mano se acercaba, sus ojos parecían enviarme una señal de *cuidado*. La vida me da muchas de esas señales, y por lo general me las pierdo o las noto demasiado tarde. Eso ocurrió aquí. Resultó que mi mano se movía demasiado rápido y mi toque era demasiado entusiasta. Su cabeza, flácida como la de una muñeca de trapo, se inclinó, giró hacia su hombro y aterrizó en su pecho en una posición que parecía dolorosa.

Hizo una mueca. Me asusté. ¿Qué debía hacer? ¿Estaba bien tocarlo? ¿Qué otra cosa podía hacer? Me estiré y, con toda la delicadeza que pude, levanté su cabeza. Su frente y su cabello estaban mojados por el calor. Lo solté. Su cabeza comenzó a deslizarse de

nuevo. La detuve. Me quedé parado, sosteniendo su cabeza, intentando balancearla. Sus anteojos resbalaron hacia su mejilla. *Bip bip bip bip*, se disparó una alarma. Me habían atrapado haciéndole daño a Stephen Hawking.

Justo en ese momento regresó Sandi, y tras ella Judith, en respuesta a la alarma. Sandi colocó la cabeza de Stephen en la posición correcta y ajustó sus anteojos. Con los anteojos restablecidos, cesó la alarma. Los lentes tenían un sensor que detectaba la distancia desde su mejilla y enviaban una señal a la computadora de su silla de ruedas. Su propósito principal era brindarle una forma para realizar, mediante la flexión de un músculo de la mejilla, los clics del ratón que le daban la habilidad de escribir a máquina y seleccionar comandos sencillos desde la pantalla de su computadora. El sensor también tenía una alarma que se disparaba si sus anteojos se resbalaban demasiado hacia abajo. Judith se aseguró de que todo estuviera bajo control y regresó a su oficina. Sandi limpió la frente de Stephen. «Lo lamento», dijo. Él hizo una mueca. Ella regresó a sentarse en el sofá.

Sentí pena por Stephen porque no podía rascarse ni limpiarse la frente cuando tenía comezón o sudaba. Fue un período en el que muchas veces me sentí mal. Me daba pena que él tuviera una discapacidad que le impedía hacer la mayor parte de las cosas comunes que realiza una persona. Que no pudiera alimentarse él mismo ni hablar o voltear las páginas de un libro que quería leer. Que ni siquiera pudiera atender sus necesidades corporales. Que tuviera tantos pensamientos e ideas atrapados en su cerebro y un inmenso cuello de botella para exteriorizarlos. Pero con el tiempo toda esa lástima se evaporaría como uno de los agujeros negros de Stephen.